



ROSAL MISIONERO

Carta n^o 2

26 de abril del 2010



¡Ave María purísima!

Unidos todos en el Corazón Inmaculado de María.

Estimados devotos e hijos de nuestra buena Madre del cielo, que la paz del Señor, reine siempre en todos ustedes.

Con esta carta que les envío quiero compartir con ustedes algunos relatos edificantes que se sucedieron en la vida de San Pío de Pietrelcina.

“Desde muy pequeño el P. San Pío experimentaba un amor muy grande por la Santísima Virgen María: -a los ocho años visitó el Santuario de la Virgen del Rosario de Pompey, a la que llamaba cariñosamente su “mamita”; -en su casa de Pietrelcina era habitual, que se rezara en familia el santo Rosario. Podemos imaginarnos entonces aquellas noches de invierno a toda la familia reunida alrededor del fuego ofreciendo la recitación del santo Rosario antes de irse a dormir; se cuenta que sus hermanitos conforme su mamá “Pepa” iba pasando las cuentas de los avemarías, las cabecitas de ellos empezaban a moverse como si fueran “campanitas” hasta quedarse dormidos, pero no pasaba así nunca con Francisco (P. San Pío), pues no solo que se mantenía siempre despierto sino que rezaba tan concentrado, humilde y devoto, que su rostro reflejaba angelical pureza y paz, expresión del grande gozo espiritual que sentía por rezar a la Virgen.

Todos nosotros sabemos que el avemaría que ofrecen los niños es como un perfume exquisito que agrada inmensamente el corazón de la Virgen María, que por eso dice Jesús “si no os hacéis como niños no entraréis en el reino de los cielos” “bienaventurados los limpios de corazón porque ellos verán a Dios” ¡Felices sean entonces los padres que enseñan a sus hijos a recitar el avemaría!

Otro hecho de la Vida de San Pío es que cuando la Virgen se apareció en Fátima a los pastorcitos bajo la advocación de la Virgen del Rosario y recomendó su recitación como oración potente para atraer todo bien (la conversión y la salvación de los pecadores) y alejar todo mal (la Virgen purísima derrota el poder del Príncipe de las tinieblas); entonces el Padre Pío fiel a este llamado de nuestra Señora hizo de la recitación del santo Rosario su oración predilecta, y fue incesante e incansable en recitarlo de día en día. Decía San Pío: “¿Si la Virgen santa lo recomienda siempre calurosamente donde quiera que se haya aparecido, no nos parece que debe ser por un motivo especial?”.

No es menos impresionante en su vida las enormes filas de penitentes que se confesaban con él, y entre más crecía “su clientela mundial” como la llamaba el Papa Pablo VI, de sus hijos espirituales, más aumentaba incesantemente su recitación. El Rosario era su perla preciosa y el secreto que le confiaba a la Madre del cielo. Llegó a recitar, en el curso de un día un número incalculable de Rosarios. **Su oración asidua lo hizo un “Hombre hecho Rosario” o como le llamaban los fieles el “Santo del Rosario”.** Una vez lo oyeron decir: “Quisiera que los días tuvieran cuarenta y ocho horas para poder redoblar los Rosarios. Cuando sus hijos espirituales le pidieron que les dejara su herencia o testamento espiritual el Padre Pío dijo inmediatamente sin pensarlo: “El Rosario”. Y poco antes de la muerte exhorto a todos: “¡Amen a la Virgen y háganla amar. Reciten siempre el Rosario!”.

Sin embargo sabemos que la que fuente principal de su santidad y el porque de su éxito apostólico se encuentra en como él celebraba y vivía el santo Sacrificio de la Misa.

Aprendamos de la generosidad de los santos el modo como se debe amar y servir a la Madre de Dios; que Ella interceda desde el cielo para que sea formado en nuestro interior la imagen de Cristo; y no dudemos en ofrecer fervorosos e incesantes rosarios, tengamos por seguro que siempre serán pocas las canastas de rosas que le ofrecemos; y no olvidemos de pedir por los agonizantes, la conversión de los pecadores y las almas del purgatorio.

Con mi bendición.

P. Héctor Luna IVE. Esclavo de María

rosalmisionero@ive.org

(ive.org)

